

LA EUCARISTÍA, SACRIFICIO DE LA IGLESIA Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor (XIV)

PERE FARNÉS

1. Del sacrificio de Cristo al sacrificio de la Iglesia

En nuestra última reflexión sobre la más plena fidelidad a la *Vivencia de la Eucaristía que nos entregó el Señor*¹ insistimos en que el valor central de la misa estriba en que, a través de los signos sacramentales, el mismo Cristo actualiza sobre el altar *aquella misma humilde entrega* a la voluntad divina y la pascua o tránsito de este mundo al Padre que realizó históricamente una sola vez para siempre en la cruz y la resurrección. Esta nueva presencia de la propia entrega que Cristo presenta al Padre es más importante que otros aspectos en los que a veces se insiste quizá desequilibradamente. La Eucaristía es primordialmente, dijimos, el sacrificio de Cristo que, por medio de los signos litúrgicos del pan y del vino, hace realmente presente la oblación de su muerte y resurrección; es en razón de esta presencia que la misa adquiere el valor de acción culminante del culto cristiano.

Pero esta centralidad de la acción de Cristo en la misa no puede hacer olvidar otra realidad importante: si Cristo actualiza su pascua en la Eucaristía, esto lo realiza para que sus fieles puedan unirse sacramentalmente a su sacrificio salvador. La entrega obediente y humilde de Cristo al Padre, Dios ya la conoce objetivamente y se ha complacido infinitamente en ella desde el momento trascendental de la muerte y resurrección.

1 Cf. *Liturgia y Espiritualidad* XXXIII (2002) 120-134

ción del Hijo. La acción de Cristo a través de los signos sacramentales no constituye una *nueva* realidad, una *nueva* acción de Cristo, sino que es simplemente una nueva presencia de aquello mismo que se realizó históricamente hace veinte siglos en Jerusalén. Si Cristo, en la misa, hace presente de nuevo su oblación y su tránsito pascual lo hace para que los fieles puedan unirse a su sacrificio, no sólo espiritualmente sino también con signos objetivos y visibles (sacramentales) de su pascua o tránsito a los que aluden precisamente los signos sacramentales del Cuerpo *entregado* y de la Sangre *derramada*. La única raíz, por tanto, del valor de la misa es la pascua histórica del Señor. Las diversas actualizaciones (misas) no son, pues, nuevas ofrendas sino simplemente el instrumento de conexión que el Señor pone en manos de los fieles para que éstos puedan unirse (según sus posibilidades ciertamente limitadas) a la adoración infinita de Cristo, a su gran sacrificio realizado en la cruz y la resurrección. La misa no es, pues, un sacrificio *en sí mismo*, es sólo un sacrificio *relativo con referencia* al único sacrificio en el que Jesús se ofreció, en humilde y obediente entrega al Padre.

Es, pues, a través de los signos eucarísticos del pan y del vino, que la Iglesia participa del sacrificio de Cristo. Él, el Señor, es quien actúa en la misa como celebrante principal –la misa es primordialmente la ofrenda de Cristo al Padre– aunque la Iglesia pasa a ser también, verdadera, aunque secundariamente, oferente del sacrificio de Cristo. Por ello decimos que la misa es también el *sacrificio de la Iglesia*.

2. ¿Participar en la Eucaristía varias veces en el mismo día?

Hubo un tiempo en que las personas piadosas mostraban gran interés en *oír varias misas* a diario y muchos autores espirituales recomendaban esta práctica². Hoy quizá este lenguaje ha dejado de ser por lo menos frecuente, pero a esta expresión ha sucedido otra manera de expresarse –o de actuar– que incluye una visión de la pluralidad de misas no muy

2 La normativa eclesial, con todo, por lo menos implícitamente, ponía una cierta limitación a esta práctica, pues no permitía una participación plena, por medio de la comunión, en repetidas misas.

lejana a lo que significaban nuestros mayores cuando hablaban de *oír varias misas*.

La respuesta a la cuestión que figura como título de este apartado de si es recomendable “oír o participar varias veces en la misa” no es sencilla. ¿Qué se quiere decir exactamente con la expresión *participar con frecuencia en la misa*? ¿Participar *diariamente* en ella? ¿Asistir a la Eucaristía una vez por la mañana y una segunda vez por la tarde? ¿Oír todas las misas posibles, asistiendo, por ejemplo, a la misa que un sacerdote, que inesperadamente se presenta en una comunidad de religiosas, pide celebrar cuando la comunidad ya ha participado —o ha de participar más tarde— en la Eucaristía comunitaria?

Tener claro lo que hemos dicho sobre la relación del *único* sacrificio de Cristo —el de su muerte y resurrección— con las *nuevas presencias* de este *único sacrificio* a través de las *repetidas celebraciones* de la Eucaristía es la mejor clave para responder al interrogante que nos hemos planteado. En el fondo, de lo que se trata con la participación en la Eucaristía, es de vivir intensamente unidos al sacrificio de Cristo realizado una sola vez para siempre. Si el Señor, la víspera de su pasión, instituyó la Eucaristía (*sacramento de su sacrificio* como con frecuencia llama a la misa S. Tomás de Aquino) lo hizo precisamente para que los fieles logran una unión viva y constante a su entrega al Padre, para que tuvieran un sacramento o símbolo eficaz de su sacrificio. Repetir la celebración eucarística no es, pues, ofrecer diversos sacrificios sino hacer presente, repetidamente, si se quiere, el mismo y único sacrificio de la cruz. Si bien por parte de Cristo su sacrificio fue único y de valor infinito (sin posibilidad ni de repetición ni de mayor fruto), por parte de los fieles, en cambio, que desean unirse a la oblación del Señor, las posibilidades son limitadas y la participación siempre dista mucho de ser infinita. La participación de los bautizados en la acción de Cristo depende de multitud de circunstancias. Así como no se alimenta mejor quien come más veces al día sino quien ingiere alimentos más completos y equilibrados, igualmente quien se une y participa mejor del único sacrificio del Señor no es aquel que participa más veces en la misa sino aquel que se acerca a la Eucaristía con un ritmo e intensidad más equilibrados, es decir, con aquella frecuencia que más le ayude a vivir intensa-

mente unido al sacrificio pascual del Señor presente en la Iglesia a través de los signos sacramentales.

3. Participación en la Eucaristía en comunión con la práctica litúrgica de la propia Iglesia

Clarificado el extremo de que lo que importa no es el *número* de misas sino el *modo* como las diversas celebraciones llevan a vivir intensamente unidos al *único* sacrificio que Cristo hace presente cuando la Iglesia realiza el sacramento que el Señor le dejó como instrumento de unión a su pascua, debemos decir que, en la vida práctica, los cristianos, conviene que se adapten al uso de su Iglesia concreta y a las posibilidades concretas de su vida.

Como principio universal hay que decir que la misa dominical es esencial en la vida habitual de los cristianos. Sin la misa dominical (a no ser que ésta resulte imposible para un cristiano concreto) se puede ser *buena persona* pero no cristiano. Así lo ha recordado recientemente con insistencia, Juan Pablo II (especialmente en su Encíclica *Dominicae Cenae* y en su Carta Apostólica *Tertio millenio ineunte*); a ello responde lo que entre los fieles se ha venido llamando el *precepto dominical*.

Con referencia por lo menos a la Iglesia latina (y desde hace siglos) la Misa diaria es también práctica común y altamente recomendable sobre todo para los obispos, presbíteros, religiosos y para todos aquellos fieles que disponen de posibilidades de hacerlo. Bastaría recordar que la actual liturgia romana distribuye las lecturas bíblicas en un ciclo abundante³ y muy pedagógico a través de la misa diaria. Ello, por sí sólo, significa que la Iglesia ve en la participación diaria de la Eucaristía, uno de los modos habituales de enriquecer el conocimiento orante de la Revelación

En la mayoría de Iglesias orientales –ortodoxas y católicas–, en cambio, la Eucaristía acostumbra a celebrarse con bastante menos frecuencia.

3 El ciclo dominical reparte en tres años una selección de lecturas muy bien estructurada, pero bastante más limitada. A todos los fieles se les brinda, pues, la posibilidad –y la obligación– de escuchar lo más fundamental de la Divina Revelación.

En las ferias, lo más común es que estas Iglesias tengan otras celebraciones (que culminan las más de las veces cada semana con una *prolongada* celebración eucarística). En el rito ambrosiano de Milán se omite la Misa los viernes cuaresmales como signo de ayuno penitencial. En el rito romano se omite, como signo de la esperanza escatológica de la resurrección del Señor, la gran fiesta cristiana, los dos primeros días del Triduo pascual.

En la antigüedad la frecuencia de la misa era muy diversa de una Iglesia a otra. La madre de san Agustín, santa Mónica, o san Jerónimo parece que tenían costumbre de participar diariamente de la Eucaristía; en cambio, en la Roma antigua la Misa se celebraba únicamente los domingos, fiestas y en algunas ferias cuaresmales.

Todo ello nos evidencia que, por una parte, el subrayado de una mayor o menor frecuencia de celebraciones eucarísticas no es una cosa absoluta y, por otra, que el acento conviene ponerlo en la conformidad con el uso eclesial de cada Iglesia y de cada tiempo. Hoy, en la Iglesia latina, no creemos que un cristiano (un sacerdote o religioso sobre todo) obrara correctamente si omitiera la misa diaria. En cambio, un cristiano oriental —o un fiel de Milán— que sólo participa de la Misa algunos días, no por ello está en situación de inferioridad eucarística. Unido a los usos de su propia Iglesia participa menos veces de la Misa, pero vive unido con su Iglesia al sacrificio único del Señor.

4. La Misa no debe vivirse nunca como un simple acto de piedad, sino como la celebración culminante de la vida cristiana de oración

En el contexto precisamente de la frecuencia eucarística y de la necesaria comunión con los usos de la propia Iglesia haríamos aún una última reflexión. La Misa es y debe vivirse no simplemente como *uno de los actos* de piedad (a ello respondería la antigua costumbre de *las más misas posibles*) sino siempre como *culminación* de la propia vida de oración y piedad cristianas. Un oriental vivirá este matiz culminante de la Misa con su Iglesia por medio de la *Eucaristía dominical* que corona cada semana las diversas celebraciones habidas en los días ordinarios —celebraciones que, algunas veces, incluyen la comunión en la Euca-

ristía consagrada el domingo—; nosotros, latinos, con nuestra Iglesia, vivimos el carácter culminante de la Misa celebrándola *una sola vez al día*, como centro y culminación de las *varias* celebraciones diarias de la Liturgia de las Horas. Lo que ciertamente nos parecería poco expresivo del carácter culminante de la Eucaristía es participar *habitualmente* varias veces en un mismo día en diversas Misas⁴.

5. Conclusión

El mismo Señor quiso que la Iglesia celebrara la presencia de su único sacrificio a través de la Eucaristía en un contexto de acción de gracias. Es ciertamente el contexto más apropiado y significativo para que los fieles hagan propio el sacrificio y la pascua de su Señor. La razón por la que el sacrificio pascual del Señor debe celebrarse en un contexto de acción de gracias es fácilmente comprensible. Por medio de la pascua de Jesús, la Iglesia —incluso la humanidad entera— fue arrancada de la muerte y unida a Dios. El conjunto de las maravillas que Dios ha realizado a través de la historia a favor de los hombres llegó a su culminación

4 Evidentemente pueden haber casos en los que sea oportuno, expresivo o incluso necesario, participar de la Eucaristía más de una vez en el mismo día. La celebración, por ejemplo, en unas exequias o en un matrimonio cuando se ha participado ya en la Misa comunitaria habitual. El caso de los obispos y presbíteros que, por razón del ejercicio del ministerio presidencial, sobre todo en los días festivos, deben celebrar la misa varias veces, es radicalmente diverso. Estas repetidas celebraciones las realizan no tanto para alimentar su vida de oración, sino para cumplir con su deber de servir al pueblo que necesita de su ministerio (en este caso, a los que deben celebrar varias misas, les aconsejaríamos servirse de las equilibradas posibilidades de omitir parte o todo el Oficio Divino tal como figuran en el decreto de la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos (Cf. *Liturgia y Espiritualidad* 2(2001)71-75). Una cierta mesura en las prácticas rituales ayuda a realizarlas mejor y con más unción, y si bien el equilibrio *una única Misa-varias horas del Oficio* ayuda a vivir la Eucaristía como acción culminante, en el caso de los obispos y presbíteros cuya función ministerial exige celebrar varias veces para diversas asambleas, pensamos que la disminución de oraciones del Oficio ayuda a celebrar mejor, y a ejercer con más piedad y unción las acciones orantes de su ministerio.

con el tránsito pascual de Jesús que se hace realmente presente en la Misa. Presencia *objetiva* de esta culminación de las maravillas de Dios en la muerte y resurrección y contexto de *acción de gracias* por lo que con ellas Cristo ha iniciado en favor de los hombres con su propio tránsito (no simple *recuerdo subjetivo* de lo acontecido en otro tiempo) es, pues, el quicio fundamental de la celebración eucarística, significados especialmente en las dos partes de la Plegaria eucarística que hoy llamamos *Prefacio* y *Palabras de la Consagración*. Centrar la atención orante y contemplativa en esta presencia actuante de Cristo, tiene consecuencias espirituales importantes y enriquecedoras, que nos atrevemos a calificar muy actuales para vivir con fidelidad y autenticidad la *Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*.

En una próxima aportación explicaremos cómo el desarrollo histórico —o genético, si se prefiere— de los principales elementos de la Misa como *participación sacrificial de la Iglesia* en el sacrificio de Cristo, nos lleva a la conclusión, interesante, sugerente y espiritualmente rica, de que, desde los orígenes, fueron precisamente los dos matices de *presencia de la pascua de Jesús* y de *acción de gracias* por la victoria de Jesús los que hicieron que la Iglesia viviera la Eucaristía no sólo como sacrificio de Jesús sino además como sacrificio *participado por la Iglesia*, es decir, como sacrificio también ofrecido por la comunidad cristiana.

PEDRO FARNÉS
(Barcelona)